

Estos dialogos tuvieron
hace tiempo vida en el
teatro. Es un recuerdo que me
sonrie al releer estas páginas:
Con ellas envío á Matilde Mo-
reno y á Francisco García
Ortega mi saludo de recono-
cimiento, de admiración y de
amistad.

JORNADA PRIMERA



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REY
FONDO RICARDO COMARRUBIAS

Un jardín y en el fondo un palacio: El jardín y el palacio tienen esa vejez señorial y melancólica de los lugares por donde en otro tiempo pasó la vida amable de la galantería y del amor. Sentado en la escalinata, donde verdea el musgo, un zagal de pocos años amaestra con los sones de su flauta, una nidada de mirlos prisionera en rústica jaula de cañas. Aquel niño de fábula casi visigótica y ojos de cabra triscadora, con su sayo de estameña y sus guedejas trasquiladas sobre la frente por tonsura casi monacal, parece el hijo de un antiguo siervo de la gleba. La dama pálida y triste, que vive retirada en el palacio, le llama con lánguido capricho Florisel. Por la húmeda avenida de cipreses aparece una vieja de aldea: Tiene los cabellos blancos, los ojos conquistadores y la color bermeja. El manto, de paño sedán, que sólo luce en las fiestas, lo trae doblado con primor y puesto como una birreta sobre la cofia blanca: Se llama Madre Cruces.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA MADRE CRUCES

¿Estás adeprendiéndole la lección á los mirlos?

FLORISEL

Ya la tienen adeprendida.

LA MADRE CRUCES

¿Cuántos son?

FLORISEL

Ahora son tres. La señora mi ama echó á volar el que mejor cantaba. Gusto que tiene de verlos libres por los aires.

LA MADRE CRUCES

¡Para eso es la señora! ¿Y cómo está de sus males?

FLORISEL

¡Siempre suspirando! ¡Agora la he visto pasar por aquella vereda cogiendo rosas!

LA MADRE CRUCES

Solamente por saludar á esa reina he venido al palacio. A encontrarla voy. ¿Por dónde dices que la has visto pasar?

EL MARQUES DE BRADOMIN

FLORISEL

Por allí abajo.

LA Madre Cruces se aleja en busca de la señora, y torna á requerir su flauta Florisel. El sol otoñal y matinal deja un reflejo dorado entre el verde sombrío, casi negro, de los árboles venerables. Los castaños y los cipreses que cuentan la edad del palacio. La Quemada y Minguña, dos mujerucas mendigas, asoman en la puerta del jardín, una puerta de arco que tiene, labrados en la piedra sobre la cornisa, cuatro escudos con las armas de cuatro linajes diferentes. Los linajes del fundador, noble por todos sus abuelos. Las dos mendigas asoman medrosas.

LA QUEMADA

¡A la santa paz de Dios Nuestro Señor!

MINGUÑA

¡Ave María Purísima!

LA QUEMADA

¡Todas las veces que vine á esta puerta, todas, me han socorrido!

MINGUÑA

¡Dicen que es casa de mucha caridad!

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA QUEMADA

No se ve á nadie...

MINGUIÑA

¿Por qué no entramos?

LA QUEMADA

¡Y si están sueltos los perros!

MINGUIÑA

¿Tienen perros?

LA QUEMADA

Tienen dos, y un lobicán muy fiero...

FLORISEL

¡Santos y buenos días! ¿Qué deseaban?

LA QUEMADA

Venimos á la limosna. ¿Tú agora sirves aquí? Buena casa has encontrado. En los palacios del Rey no estarías mejor.

FLORISEL

¡Eso dícenme todos!

LA QUEMADA

Pues no te engañan.

EL MARQUES DE BRADOMIN

FLORISEL

¡Por sabido que no!

MINGUIÑA

¡Tal acomodo quisiera yo para un nieto que tengo!

FLORISEL

No todos sirven para esta casa. Lo primero que hace falta es muy bien saludar.

MINGUIÑA

Mi nieto es pobre, pero como enseñado lo está.

FLORISEL

Y hace falta lavarse la cara casi que todos los días.

MINGUIÑA

En un caso también sabría dar gusto.

FLORISEL

Y dentro del palacio tener siempre la montera quitada, aun cuando la señora no se halle presente, y no meter ruido con las ma-

EL MARQUES DE BRADOMIN

dreñas ni silbar por divertimento, salvo que no sea á los mirlos.

LA QUEMADA

¿Tú aquí sirves por el vestido?

FLORISEL

Por el vestido y por la soldada. Gano media onza cada año, y á cuenta ya tengo recibido los dineros para mercar esta flauta. ¿Vostedes es la primera vez que vienen á la limosna?

LA QUEMADA

¡Yo hace muchos años!

MINGUIÑA

Yo es la primera vez. Nunca creí verme en tanta necesidad. Fuí criada con el regalo de una reina, y agora no me queda otro triste remedio que andar por las puertas. Un hijo tenía, luz de mi tristes ojos, amparo de mis años, y murió en el servicio del Rey, adonde fué por un rico.

EL MARQUES DE BRADOMIN

FLORISEL

¿Y vienen de muy lejos?

MINGUIÑA

De San Clemente de Bradomín.

LA QUEMADA

¡Todo por monte!

FLORISEL

Ya sé dónde queda. Allí tiene un palacio el más grande caballero de estos contornos.

MINGUIÑA

¡También es puerta aquella de mucha caridad! Agora poco hace, llegó el señor mi Marqués, al cabo de muchos años. Dicen que viene para hacer una nueva guerra por el Rey Don Carlos, á quien le robaron la corona cuando los franceses.

LA QUEMADA

Aquél murió. El de agora es un hijo.

MINGUIÑA

Hijo ó nieto, es de aquella sangre real.

EL MARQUES DE BRADOMIN

En la puerta del jardín asoma una hueste de mendigos. Patriarcas haraposos, mujeres escuálidas, mozos lisiados. Racimo de gusanos que se arrastra por el polvo de los caminos y se desgrana en los mercados y feriales de las villas salmodiando cuitas y padrenuestros, caravana que descansa al pie de los cruceros, y recuenta la limosna de mazorcas y mendrugos de borona, á la sombra de los valladares floridos donde cantan los pájaros del cielo á quienes da nido y pan Dios Nuestro Señor. En todos los casales los conocen, y ellos conocen todas las puertas de caridad. Son siempre los mismos: El Manco de Gondar; el Tullido de Céltigos; Paula la Reina, que da de mamar á un niño; la Inocente de Brandeso; Dominga de Gómez; el señor Amaro, el señor Cidrán el Morcego y la mujer del Morcego. Llegan por el camino aldeano, fragante y riente bajo el sol matinal.

EL MANCO DE GONDAR

Rapaz, avisa en la cocina que está aquí el manco de Gondar, que viene por la limosna.

EL TULLIDO DE CELTIGOS

Y el tullido de Céltigos.

FLORISEL

Tiene dicho Doña Malvina, el ama de llaves, que esperen á reunirse todos.

EL MARQUES DE BRADOMIN

EL MANCO DE GUNDAR

Dile que tenemos de recorrer otras puertas.

EL TULLIDO DE CELTIGOS

No basta una sola para llenar las alforjas.

EL MORCEGO

Los ricos, como no pasan trabajos...

LA MUJER DEL MORCEGO

Padre nuestro, que estáis en los cielos...

POR un sendero del jardín aparece la Señora del palacio, que viene cogiendo rosas. A su lado la Madre Cruces habla conqueridora, y la dama suspira con desmayo. Es una figura pálida y blanca, con aquel encanto de melancolía que los amores muertos ponen en los ojos y en la sonrisa de algunas mnjeres.

LA MADRE CRUCES

¡Y cómo me place ver á mi señora con los colores de una rosa!

LA DAMA

De una rosa sin color, Madre Cruces.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA MADRE CRUCES

Y todavía no la dije algo que habrá de alegrarla. ¡Esperando que me preguntase!

LA DAMA

¡Sin preguntarte lo sé!

LA MADRE CRUCES

¿Que lo sabe?

LA DAMA

¡Ojalá pudiera equivocarme!

LA MADRE CRUCES

No es cosa para que suspire. Son nuevas de un caballero muy galán.

Viendo llegar á la Señora la hueste de mendigos, que derramada por la escalinata espera la limosna, se incorpora y junta con un murmullo de bendiciones. En el sendero la dama se detiene para oír á la vieja conqúeridora, y torna á suspirar. Sus ojos tienen esa dulzura sentimental que dejan los recuerdos cuando son removidos, una vaga nostalgia de lágrimas y sonrisas, algo como el aroma de esas flores marchitas que guardan los enamorados.

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA QUEMADA

Aquí está la señora.

MINGUIÑA

¡Bendígala Dios!

PAULA

Y le dé la recompensa de tanto bien como hace á los pobres.

EL TULLIDO DE CELTIGOS

¡Parece una reina!

LA QUEMADA

¡Parece una santa del cielo!

MINGUIÑA

¡Es la misma Nuestra Señora de los Ojos Grandes que está en Céltigos!

LA DAMA

¿Cómo sigue tu marido, Liberata?

LA QUEMADA

¡Siempre lo mismo, mi señora! ¡Siempre lo mismo!

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

¿Es tuyo ese niño, Paula?

PAULA

No, mi señora. Era de una curmana que se ha muerto. Tres ha dejado la pobre: éste es el más pequeño.

LA DAMA

¿Y tú lo has recogido?

PAULA

La madre me lo recomendó al morir.

LA DAMA

¿Y qué es de los otros dos?

PAULA

Por esos caminos andan. El uno tiene siete años, el otro nueve... Pena da mirarlos desnudos como ángeles del cielo.

LA DAMA

Vuelve mañana, y pregunta por Doña Malvina.

EL MARQUES DE BRADOMIN

PAULA

¡Gracias, mi señora! ¡Mi gran señora! ¡La pobre madre se lo agradecerá en el cielo!

LA DAMA

Y á los otros pequeños tráelos también contigo.

PAULA

Los otros, mañana no sé dónde poder hallarlos.

EL SEÑOR CIDRAN

Los otros, aunque cativo, también tienen amparo. Los ha recogido Bárbara la Prisca, una viuda lavandera que también á mí me tiene recogido.

LA DAMA

¡Pobre mujer!

LA MADRE CRUCES

Bárbara la Prisca casó con un sobrino de mi difunto. ¡Es una santa de Dios!

LA DAMA

La conozco, Madre Cruces.

EL MARQUES DE BRADOMIN

SEGUIDA de la vieja conquistadora la Señora del palacio se aleja lentamente, y á los pocos pasos, suspirando con fatiga, se sienta á la sombra de los rosales, en un banco de piedra cubierto de hojas secas. En frente se abre la puerta del laberinto misterioso y verde. Sobre la clave del arco se alzan dos quimeras manchadas de musgo y un sendero sombrío, un solo sendero, ondula entre los mirtos. Muy lejano, se oye el canto de los mirlos guiados por la flauta que tañe Florisel.

LA MADRE CRUCES

Y tornando al cuento pasado. ¿Dice que sabe la nueva?

LA DAMA

¡Ojalá me equivocase! Tú traes una carta para mí, Madre Cruces.

LA MADRE CRUCES

¿Cómo lo sabe?

LA DAMA

¡No me preguntes cómo lo sé! ¡Lo sé!

LA MADRE CRUCES

¿Quién ha podido decírselo? ¡Si fué una misma cosa entregarme la carta el señor mi Marqués y ponerme en camino!

EL MARQUES DE BRADOMIN

LA DAMA

No me lo ha dicho nadie. Yo lo sentí dentro del corazón, como una gran angustia, cuando te vi llegar. ¡Y no me atrevía á preguntarte!

LA MADRE CRUCES

¡Como una gran angustia! Yo presumo que el señor mi Marqués viene de tan lejanas tierras solamente por ver á mi señora.

LA DAMA

Viene porque yo le llamé, y ahora me arrepiento. A mí me basta con saber que me quiere. Temía que me hubiese olvidado y le escribí, y ahora que estoy segura de su cariño temo verle.

LA Señora del palacio queda un momento con la carta entre sus manos cruzadas contemplando el jardín. En la rosa pálida de su boca tiembla una sonrisa, y los ojos brillaban con dos lágrimas rotas en el fondo. Las flores esparcidas sobre su falda aroman áquellas manos blancas y transparentes. ¡Divinas manos de enferma! Suspirando abre la carta. Mientras lee asoma en la puerta